

—Te reconozco; en una ocasion te di la vida.

—Pues yo te daré la muerte, replicó el feroz republicano.

Y Ciceron cayó degollado.

¡Oh singular coincidencia! Allí tambien, Pio IX se sustraia al furor de los futuros triunviros de Roma. El tambien, cerca de Gaeta, huia de aquellos á quienes habia dado la vida y colmado de beneficios. El santo Pontífice suspiró contemplando con amargura los restos del mausoleo, cubiertos de verde yedra... y sobre aquellas fúnebres ruinas donde no se oia mas que el lúgubre canto de las aves nocturnas, oró por sus enemigos en memoria del ilustre romano. Ciceron no habia creído sino en los *dioses conocidos*: el *Dios conocido* salvaba á Pio IX.

A las diez de la mañana bajaron á la *locanda de Cicerone*, parador construido en los jardines donde en otro tiempo se paseaba el filósofo orador. Las olas del mar besan los restos del palacio en que vivió el elocuente adversario de Catilina; imájen de lo pasado en toda su incierta vaguedad, plácido sueño en todo su misterio; pero á lo menos es indudable que allí habitó el ingenio. Por de fuera se estiende la inmensidad, dentro tuvo la inmortalidad su morada.

El cardenal Antonelli y el señor Arnao, secretario de la embajada española, se unieron con Pio IX en *Mola*. Celebróse en seguida un consejo, y el Sr. Spaur partió para Nápoles á fin de anunciar á Fernando II la llegada del gefe de la Iglesia; al dia siguiente el rey acudió á Gaeta.

Mientras tanto el señor Freslau, dirijiendo su anteojo hácia el Mediterráneo, desde la torre mas alta de Marsella, preguntábase á sí mismo: *¡Virgen Santa! ¿estoy yo ciego que nada veo venir?* ¡Ah! el viento no empujaba buque alguno que trajese al gran elector santificado, por quien Cavaignac suspiraba; al representante del Señor, que debia contribuir á que saliese presidente de la república en el escrutinio del sufragio universal el descendiente de un regicida. ¡Magnífico papel para un papa!

El rey de Nápoles alojó á Pio IX en la mejor residencia de Gaeta. Era una casita de cinco ventanas con sus persianas verdes, y las paredes pintadas de negro. Antonelli ocupó en ella un aposento; en el entresuelo se instaló el mayor Young, oficial suizo, nombrado capitán de la guardia del Papa, y Fernando II con su esposa, se acomodaron en el *Casino militar*, allí contiguo (1).

Gaeta solo tiene una calle que pueda llamarse tal; la que va de la puerta de la tierra á la de mar; las otras, formadas por casas mezquinas y pobres, construidas sobre las faldas ó vertientes de los riscos, solo tie-

(1) Allí durmieron poco despues. Esta pequeña habitacion no tiene mas que tres ventanas á la calle.

nen de cinco á seis pies de fachada; y sin embargo, dentro de los muros de tan modesta ciudad, se encerraban entonces dignidades de la Iglesia, grandes de la corte, gefes del ejército: allí relumbraban uniformes de toda especie, y se cruzaban cuantos manejos son imajinables.

La capital del mundo cristiano no supo la evasión de Pio IX hasta el 25 de Noviembre á las 7 de la mañana: todos se quedaron estupefactos. Constitucion, Papa, leyes y gobierno, todo desaparecia de un golpe... todo excepto el genio de la destruccion, porque iba á aparecer la república.

Reunidos en Gaeta los miembros del cuerpo diplomático, el soberano Pontífice protestó allí contra todo lo que habia ocurrido en Roma antes de su fuga, declaró destituido el ministerio del 16 de Noviembre y nombró en su lugar una comision de gobierno.

Roma no aceptó esta comision, y envió una diputacion á Gaeta con el objeto de comprometer á Su Santidad para que regresase, á lo cual se negó rotundamente Pio IX (1).

La ciudad de las siete colinas estableció al punto como poder ejecutivo, una especie de *Directorio*. Roma parodiaba á Paris.

Poco despues se publicó un decreto convocando la *asamblea constituyente*, la cual, puesto que nada absolutamente tenia que *constituir*, declaró al momento, que el Papa quedaba destituido *para siempre* de su poder temporal. En seguida, como conclusion de este exordio, se proclamó en Roma la república desde lo alto del Capitolio; por supuesto la república *gloriosa*, pues es sabido que no hay horrible saturnal de la anarquía que no haya sido bautizada con este epíteto. Ahí están si no Julio y Febrero, porque Paris ofrece todos los modelos de este género.

## CAPITULO XI.

MAZZINI.—REVOLUCION DE TOSCANA.—LA REPUBLICA EN LIORNA.—FUGA DEL GRAN DUQUE DE TOSCANA A GAETA.—GOBIERNO PROVISIONAL EN FLORENCIA.—BATALLA DE NOVARA.—ABDICACION DE CARLOS ALBERTO.

El gran duque de Toscana, Leopoldo, abria en persona las cámaras el 9 de Enero de 1849 (2); él mismo mes en que el abate Gioberti fué nom-

(1) El caballero Estanislao de Aloe, ha publicado un Diario titulado: "Le Diario de l'arrivée et séjour de Pie IX á Gaette," en el cual se encuentran permenores interesantísimos acerca de Su Santidad escritos con el talento propio de un noble defensor de la monarquía y de la religion.

(2) Un mes antes de la destitucion del Papa, decretada el 9 de Febrero de 1849.

brado ministro en Turin y presidente del consejo. Mazzini se hallaba en Florencia, llamado allí por el gobierno provisional, que le ofrecía, como suele decirse, el oro y el moro; pero presintiendo la derrota de la rebelion de Toscana, preparaba su viaje á Liorna, para de allí pasar á Roma. Esperábase al triunviro en el Capitolio ó en la roca Tarpeya; pero ni alcanzó los honores del uno, ni las glorias de la otra.

¿Qué no habia emprendido este Mahoma cosmopolita por sacar triunfantes sus impías doctrinas! Unas veces, bajo el seudónimo de *Strozzi*, organizaba cuerpos francos, y los ponía bajo el mando del condotiero *Ramorino*; otras veces otorgaba el derecho de vida y muerte á los inteligentes puñales que herian en la oscuridad obedeciendo sus órdenes, y que no bien habian acabado de cometer el asesinato, hacian desaparecer el cadáver esperando un nuevo *firman*.

Pues ¿qué decir del cinismo de sus palabras! Tratándose un dia en casa de Montanelli de la cuestion del Papa, preguntó á Mazzini el conde Pablo Fontani:

—“¿Qué plan es el vuestro en Roma?”

—“Hasta ahora no tengo ninguno fijo y determinado,” respondió el tribuno en ciernes; “nuestro objeto es la destruccion completa del actual “orden social; conseguido esto, ya veremos de reconstruirle despues sobre nuevas bases. No mas papas, ni mas reyes.”

Pero ¿por qué razon este afamado gefe que tan horribles instrucciones enviaba por toda Europa atizando do quiera la guerra de esterminio, no se presentaba jamás personalmente en ninguna batalla? ¡Ah! porque como verdadero buho político hallaba su complacencia tan solo entre ruinas, presentándose donde quiera que olía á muerto, pero sin querer jamás esponer su vida.

En las cámaras de Florencia ocurrían frecuentes tumultos causados por los clamores de los patriotas de Liorna y de los ciudadanos de las cercanías que alborotaban en las tribunas públicas. Presentóse por fin una mañana el famoso proyecto de ley de Montanelli, acerca de la *Constituyente* romana. Las tribunas y la prensa le apoyaban estrepitosamente, y la cámara tuvo al fin que adoptarle despues de una discusion acaloradísima.

De dia en dia se aumentaba el desórden, hasta el punto de costarle á Guerrazzi gran trabajo contener al famoso club de Florencia que queria promover á toda costa grandes demostraciones populares. El 30 de Enero se esparce el rumor en Florencia de una próxima irrupcion de los liorneses. Montanelli habia nombrado gobernador á un doctor llamado *Cárol Pigly*, que muy pronto debia proclamar allí la república. Cunde

la alarma en el palacio Pitti, á la voz de que se están armando asesinos; y viendo el gran duque que la tormenta se acercaba, sale para Siena, en donde se hallaba reunida su familia, firmemente decidido á apelar á la fuga.

Al llegar á aquella ciudad fué recibido con grandes demostraciones de júbilo: el pueblo desplegó el antiguo pabellon toscano, azul y encarnado en lugar del pabellon tricolor. No hubo un solo grito constitucional, ni demostracion ninguna que no fuese de ilimitada adhesion al soberano. Los demagogos de Florencia, anatematizando con sus gritos la reaccion, piden la vuelta del gran duque, y “*su destitucion*” si no accede.

Montanelli pasó á Siena para hablar al príncipe, con ánimo sin duda de imponerle alguna ley ó de dictarle órdenes; pero como Leopoldo habia tomado ya su partido, supo Montanelli oficialmente el 7 de Febrero por la tarde, que aquella misma mañana habia huido el gran duque con direccion á *San-Stephano*.

El ministro se vuelve furioso á Florencia y dá parte á sus colegas y al gran club de lo ocurrido en Siena, presentando las dos cartas, que le habia dejado Leopoldo, á todas las autoridades civiles y militares. Las cámaras son convocadas inmediatamente; Guerrazzi manda tocar generala y pone sobre las armas á la guarnicion en defensa de las libertades constitucionales; y el ministerio presenta su dimision.

No es posible pintar el espanto, la consternacion y el desórden que produjeron estos acontecimientos.

Pídese á la cámara la constitucion de un *gobierno provisional*, compuesto de Montanelli, Guerrazzi y Mazzoni. Varios diputados se retiran, y se entabla una discusion borrascosísima.

De improviso una diputacion del club soberano, reunido á la sazón en la *Loggia dei Lanzi*, invade el recinto legislativo atropellando á la guardia de servicio.

En su bandera se leía: “*¡Viva el gobierno provisional! ¡Vivan Montanelli, Guerrazzi y Mazzoni!*” El tumulto llega á su colmo.

En vano intentan los diputados restablecer la calma y el silencio; los clamores de afuera y los de adentro quitaban toda libertad á los ánimos, todo órden á las deliberaciones; de modo que fué preciso votar bajo el imperio de las amenazas, inclinando la cabeza ante el tumulto.

Nombrado el gobierno provisional como se deseaba, los tres nuevos elejidos salieron triunfantes del salon en medio de la estrepitosa ovacion de los terroristas.

De allí se dirijieron al senado. A lo largo del camino se leía en las paredes el siguiente pasquin:

“¡En el nombre de Dios y del país! Considerando que el poder del Papa es una usurpacion fraudulenta que clama venganza.... Considerando que el actual pontífice ha dado la sagrada comunión al infame asesino Borbon de Nápoles.... ¡Maldición sobre el papa Pio IX....!

Enero de 1849.”

El mismo Pio IX habia sido en otro tiempo objeto de adoracion para toda la Italia. ¡Tomen ejemplo los ídolos del pueblo!

El senado recibió al gobierno provisional con aparente calma, y se enteró de las cartas del gran duque. Al presentarle la ley que acaban de votar los diputados, dijo el duque de Casigliano:

—“Nosotros no podemos aceptar al nuevo poder sino en tanto que obre á nombre del príncipe.”

Guerrazzi le respondió:

—“Elejido por el pueblo, gobernaré en nombre del pueblo.”

Siempre los mismos engaños. ¿En dónde le habia elejido el pueblo? ¿Ni quién habia consultado al pueblo? El senado guardó silencio. En las épocas de anarquía, *el miedo*, sí, *el miedo* es el poder supremo.

En el nuevo ministerio que se formó, *Mordini*, presidente del club, se adjudicó la cartera de negocios extranjeros: que estos señores no se olvidan nunca de sí propios, cediendo en ello á las exigencias de su patriotismo.

Las demostraciones populares se reproducen nuevamente con mayor frenesí que antes. Un tal Nicolini recorre las calles y plazas públicas, con una horda de bandidos asalariados, proclamando el destronamiento del gran duque (1).

Por todas partes plantan árboles de la libertad, cual si hubiesen tratado de convertir en bosque á Florencia (2).

Vuelta á las patrióticas procesiones de las banderas tricolores al endiablado son de la *Marsellesa*.

Los escudos de armas de Nápoles y del Austria fueron arrojados al fuego, y echadas por tierra todas las estatuas é insignias del gran duque.

Las exigencias no tenian término. Ya se pedia la *union en Roma*, ya *leyes distintas*, ora *nuevos diputados*, ora *otros ministros*; en fin, *el caos*, es decir, *la república*.

Ni aun el gobierno provisional estaba seguro, porque así como él queria permanecer ocupando el puesto de otro, no faltaba quien ambicionase el suyo. Tomó, pues, el partido de disolver la cámara, convocando por el sufragio universal dos elecciones distintas de diputados: la una

(1) Por ello les dieron 300 francos. (Véase al fin de este capítulo el informe de la comision de pesquisa del 26 de Agosto al 11 de Abril de 1849).

(2) Esto fué obra de los extranjeros, pues no lo llevaban muy á bien los florentinos.

para la *asamblea constituyente* en Roma; la otra para la *asamblea toscana* en Florencia, siempre con arreglo al pensamiento de Montanelli.

Al comenzar las elecciones, no faltó de su puesto ni un solo anarquista, al paso que las abandonaron todos los hombres honrados, votando cuando mas con papeletas en blanco, ó inscribiendo en ellas por burla, no muy oportuna á la verdad, nombres tan estraños como los de Pio IX, Wellington, Bou-Maza, Luis Felipe, Radeztky, &c.

Las elecciones hubieran podido llevar á la cámara, á despecho de la demagogia, los hombres mas notables del partido moderado; pero casi todos ellos rehusaron. Desde el 8 de Febrero hasta fines de Marzo, época señalada para la apertura de la asamblea, comenzaron los síntomas de una reaccion inminente.

Las papeletas electorales se convirtieron en balas de fusil.

Muchas ciudades y aldeas de la Toscana se sublevaban contra el nuevo orden de cosas, hartas ya de tantos y tan cacareados *privilegios* y *libertades*, que solo les acarreaban ruinas y desórdenes.

Indignado el gobierno, reprimió por de pronto el alzamiento nacional, inundando las campiñas de columnas móviles liernesas encargadas de prender á todos los sospechosos. Las cárceles se llenaron en un momento de presos, porque así lo mandaba *la libertad*.

Pero el general Laugier, que habia permanecido fiel al gran duque y mandaba en Carrara un cuerpo de tropas toscanas, marchaba sobre *Pietra Santa* á los gritos de *¡viva Leopoldo!* confiando en la intervencion piamontesa que le habia prometido Gioberti, desde que nombrado ministro en Turin se declaró adversario de cuantos atacaban la autoridad, con no poca indignacion de los turinenses y de los demas ministros de Carlos Alberto, que se habian pronunciado en favor de Guerrazzi. Laugier era acogido por todas partes con demostraciones realistas, y aguardaba con la vista fija sobre Florencia que llegase el momento oportuno.

El gobierno proclamó lleno de susto la ley marcial, y nombró una comision militar encargada de mandar fusilar en el término de veinte y cuatro horas á todo reaccionario. Una sola persona tuvo la cobardía de consentir en formar parte de semejante comision; y como una persona no bastaba, fué preciso retirar la ley.

Aquí de las terribles luchas: Guerrazzi resistia á los clubs que organizaban la anarquía, resistia asimismo á las poblaciones que pedian la vuelta del soberano; y rechazaba el programa de Montanelli al mismo tiempo que la república mazziniana. Su objeto era someter la forma del gobierno á la decision de la asamblea, y entre tanto humillaba al país,

haciéndole pasar bajo su mano por las horcas caudinas de la necesidad y de la barbarie.

En tal estado las cosas, el gobernador de Liorna, es decir, el ciudadano doctor Pigly, el prohombre de Montanelli, arrogándose una elevadísima iniciativa, proclamó á son de trompetas la *república* el día 17 de Febrero.

Mazzini se hallaba á la sazón en Liorna, y mientras el doctor charlatan ponderaba desde el alto balcon de su palacio con frases melodramáticas y gestos de energúmeno la excelencia de su específico revolucionario, el jefe de la *Italia roja* se dejaba llevar en triunfo por las calles y á lo largo de los muelles. Ambos rivalizaban, puesto que hermanados, en ostentosas pantomimas.

Instruido Montanelli de lo que ocurría en Liorna, corre á casa de su colega Guerrazzi, y le dice:

—¡Vamos! ¡ya llegó nuestro turno! Es preciso proclamar la república en Florencia.

—¿Tiene V. para ello tres mil soldados que darme? replica el jefe del gobierno provisional.

—Sí, y dispuestos á apoyarnos.

—Pues bien: que vengan para que yo los vea.

—Mañana por la mañana los verá V.

Pero ¡quiá! al día siguiente, ni un solo soldado, ni mas que las asalariadas turbas del populacho. Indignado é irritado Guerrazzi, tuvo una nueva y acaloradísima conferencia con Montanelli, quedando vencido este último.

Cualquiera creeria, sin embargo, que el tal Montanelli contaba seguramente con el asentimiento del pueblo; pues nada menos que eso, y si no, véase lo que por entonces escribia á su *ligio* Pigly:

“La reacion comienza en Florencia. Allá vá dinero; vengan para acá al momento hombres valientes (1).”

El gran duque de Toscana tuvo noticia en San-Stéphano de la nueva revolucion de Liorna; oyó á lo lejos las salvas de artillería hechas en Orbitello en celebridad del advenimiento de la república; y supo que Montanelli habia dado orden á las tropas de que disponia para que marchando á San-Stéphano se apoderasen de él por todos los medios posibles, ya fuese en tierra, ya en el mar.

Un enviado de Gioberti llega en aquel momento á bordo de la *María Antonieta*, buque de vapor piamontés, para ofrecer al príncipe destier-

(1) Véase el informe rentístico en las notas del fin de este capítulo.

rado un asilo en el Piamonte y la intervencion de la Cerdeña. Leopoldo en Turin no hubiera sido mal rehen.

Asustado el gran duque, titubea, y antes de tomar un partido quiere consultar al Papa Pio IX; pero ¿cómo conseguirlo, no teniendo buque ninguno á sus órdenes?

Hallábase á la sazón cerca del príncipe el señor Prevost de Saint-Marc, edecan del general Charette, y uno de los oficiales mas valientes que en España y Portugal habian peleado en favor de la monarquía legítima. Este oficial se ofreció á trasladarse á Gaeta en el miserable barquichuelo de un pescador; y aunque hubiera podido apostarse mil contra uno á que no llegaría á Gaeta en aquella cáscara de nuez sin mas que cuatro remos, el intrépido Saint-Marc no vaciló en emprender su viaje.

El viento empero era favorable, y la débil barquilla se deslizaba con tal rapidez sobre las olas, que en cuarenta horas se efectuó una travesía de ciento ochenta millas, para la cual se hubieran necesitado en otro caso lo menos quince dias. Saint-Marc desempeñó, pues, su comision sin ningun género de obstáculos.

El gran duque celebraba un consejo en San-Stéphano con todos los ministros extranjeros acreditados en Toscana. El de Francia Benoit-Champy, Georges Hamilton, el de Inglaterra, y Villa Marino el de España, tenian ya casi decidido á Leopoldo á ponerse en manos del Piamonte, cuando de improviso reaparece Saint-Marc con cartas del Papa y del rey de Nápoles. Todo cambió al punto de aspecto, y al día siguiente se embarcaba el gran duque para reunirse en Gaeta con Pio IX, despues de haber apelado á la justicia de su pueblo por medio de un manifiesto.

Aquí tiene sitio y lugar propio un episodio interesantísimo de aquella malhadada época.

La gran duquesa debia reunirse á su marido en San-Stéphano con sus hijos, su familia, el general Sproni, la condesa Palagi, dama de honor, la condesa de Bradi, aya de la archiduquesa, y el señor Prevost de Saint-Marc. Para ello se dirigió Su Alteza Imperial á Orbitello; mas no bien acababa de entrar en dicha ciudad, el pueblo rodeó el carruaje cerrándola el paso, y exclamando:

“Queremos que se detenga aquí la duquesa.”

La princesa habla, suplica..... pero en vano. Los gritos se hacian cada vez mas amenazadores, hasta que de improviso se levanta la duquesa, y de pié sobre el carruaje lanza al pueblo estas palabras con la actitud propia de una reina:

“¡Atrás! ¡dejadme pasar! Ya no lo ruego; os lo mando.”

¡Oh poder de la energía! El pueblo retrocede intimidado ante la subli-